

ARRIAZA Y SUPERVIELA, JUAN BAUTISTA DE (1770-1837)

POESÍAS LÍRICAS

LIBRO I

Eróticas

ÍNDICE

Prólogo de la segunda edición en 1807

La dedicatoria

Oda I

La impresión primera o el pescador

Idilio I

La declaración

Idilio II

Las señas

Soneto I

Venus burlada

La guarida de amor

La vida media

El no

La flor temprana

El templo de Venus

Canto Lírico

Los desvelos

La bandera

Epístola I

Al corazón

Oda II

El desconsuelo

El sueño importuno

Oda III

La desesperación

La Silvia

Canto lírico

Del amor: A Silvia

Cuartetos

A mi rival
Oda IV
Ad. Josef de Vargas
Epístola II
Antes de partir
La despedida de Silvia
La satisfacción
A su amigo
Adiós: a una fuente
Las quejas
Endechas
Los ecos
Idilio III
Aglauro y Melisa
Idilio IV
El propósito inútil
Idilio V
A una ausencia por motivos de salud
Letrilla
Al término de la ausencia
Letrilla II

PRÓLOGO

(A la segunda edición en 1807)

Si no hubiera tenido yo que consultar más que mi gratitud hacia el público por la graciosa acogida que hizo a la primera edición de estos versos, ya hace cuatro años que estaría hecha la segunda, correspondiendo al deseo con que desde entonces se han solicitado inútilmente ejemplares, y tal vez pagado a excesivo precio los que se hallaban de segunda mano. Pero no ha estado en la mía el allanar más pronto los inconvenientes que se han opuesto a esta reimpresión, especialmente contando entre ellos la ausencia de dos años y medio que he tenido que hacer de mi patria, y el tiempo que ha sido forzoso emplear en concertar con censores ilustrados las correcciones que debía sufrir la obra para que ningún pasaje de ella quedase expuesto a interpretaciones que la extraviasen de lo decente y decoroso. Todo esto se ha hecho para restituir a la prensa estos ocios de mis primeros años, estimulado no del ansia de reputación literaria, pues no dejo de conocer cuán acibarada y peligrosa es la que se goza en vida, sino por aquella obligación que contrae con el público todo escritor desde el punto en que la obra sale de sus manos, perteneciendo ya menos a él que al común de los lectores, cuya esperanza se ve engañada injustamente siempre que no halla en la librería obras que, en virtud de los anuncios, excitaron su curiosidad.

A pesar de tan felices auspicios no ha disminuido en mí la desconfianza con que estos versos salieron a luz la vez primera, por no haberme jamás resuelto a darles aquella severa lima que debiera aproximarlos a la perfección prescrita por las buenas reglas: considerando que cuanto más nos aleja la edad de los días en que ocurrieron los sencillos V versos, menos fácil es volverse a hallar en la disposición de ánimo que los produjo. Los descuidados y alegres días de la juventud traen consigo los afectos tiernos, las risueñas ideas, los versos dulces, y el estilo que les conviene: el tiempo marchita muy en breve estas felices disposiciones; cuando el hombre ya más severo y reflexivo aspira a una perfección que es árida, por lo regular, y problemática, y en la que por captarse la opinión de algún Aristarco sesudo renuncia la de los que son jueces naturales en estas materias amenas, esto es, la juventud de ambos sexos, en cuya imaginación risueña y corazón sensible hallan mejor acogida las dos únicas prendas de que yo me alegrara haber podido dotar mis versos; es decir, la naturalidad y la armonía.

Siempre he creído, y un instinto natural me lo ha dictado desde mis más tiernos años, que no puede haber verdadera expresión de ideas en donde no reine la mayor claridad de dicción: que lo que el lector no concibe a la primera y simple lectura no puede hacer en su imaginación el pronto efecto que se requiere, y mucho menos mover su corazón de modo alguno: que esta claridad debe ir siempre acompañada de una constante elegancia en el decir; pero que esta elegancia no consiste en una sucesión de inversiones gramaticales, de tantos adjetivos retumbantes, ni de tanta metáfora de metáfora, a lo que algunos dan el nombre de lenguaje poético, atribuyendo a misterios del arte su falta de claridad, sino es en el modo más selecto y noble de decir las cosas, a proporción del estilo en que se escribe.

Pues si es cierto que una de las propiedades más generalmente observadas en la Poesía es la de producir su efecto en toda especie de gentes, por lo cual se dijo que en sus principios domesticaba las fieras, ¿cómo podría producir tales milagros sino por la combinación simultánea de una singular elegancia y claridad en el decir, con una armonía particular en la formación de las cláusulas métricas? En virtud de cuya reunión, oyendo el hombre que las cosas más vulgares se le dicen de un modo más halagüeño y grato que el que esperaba de la conversación vulgar, y sintiendo en el artificioso enlace de las voces cierta desusada armonía, no puede menos de prestar atención al poeta, mientras que alguna confusión extraña de figuras amontonadas, o alguna dislocación de voces o trastorno de la gramática no empieza a convertirle en penosa tarea lo que le servía de sabroso pasatiempo. Por eso se verifica en cualquiera medianamente versado V en el latín serle más fácil el comprender y sentir una elegía de Tibulo, o de Ovidio, que la mejor de nuestro Berrera y otros poetas que han escrito poesías amatorias; porque en aquellos el lenguaje es tan sencillo y natural como los sentimientos que expresan, al paso que en los nuestros son igualmente confusos el lenguaje y los sentimientos. La mayor dificultad que a mi ver ofrece la Poesía es el conciliar la suma sencillez con la elegancia: de suerte que ni el lenguaje cese de despertar la atención a fuerza de trivial y desaliñado, ni la fatigüe con la afectación de tpos y figuras amontonadas sin discernimiento. El camino que guía por enmedio de ambos escollos es el único por donde se puede llevar al lector hasta el fin de una composición agradablemente entretenido.

Además, que si nuestra lengua permite algún género de inversiones moderadas, se resiste al abuso de ellas que se va introduciendo en el día, como que altera la verdadera exactitud y precisión de las frases, llevando a saltos el entendimiento de enigma en enigma, y antes haciéndole inferir o interpretar que comprender fácilmente lo que lee. Que siendo la armonía el medio principal de que la Poesía se vale para cautivar nuestra atención y embelesar el oído, debe el poeta dirigir todo su conato a variarla infinitamente; y esto lo conocieron tanto los antiguos, que son innumerables los metros con que la enriquecieron, como nos lo prueban todas sus odas, tanto latinas como griegas. Tal era la importancia que daban a este artificio armónico, que jamás se verificó dejasen de concluir una composición en el mismo género de estrofas con que le empezaron; convencidos de que el encanto del oído depende de este mecanismo, siendo la facilidad de vencer estas dificultades el primer distintivo del poeta, sin el cual se confundiría en esta parte con el orador, que no guarda medida fija en sus períodos. La dificultad superada es lo que más lisonjea y más se capta la admiración de las gentes; sin lo cual vendría a ser tan estimada una figura de cera como la mejor estatua de mármol, un sello en lacre como un camafeo, y el mérito de un Rafael como el de un estampador que de una sola vuelta de tórculo reproduce sus pinturas.

Perdida que fue luego la prosodia entre la confusión de los lenguajes del norte y mediodía, la reemplazó la rima en toda la Europa; con la cual, combinada de mil maneras, se hicieron los mismos prodigios de armonía que con los dáctilos y espondeos. La facilidad de rimar fue desde entonces IX compañera de la fecundidad de ingenio. Tan poco les costaba a los Tasos, Ariostos Corneilles o Rousseaux el producir los unos sus inmortales estrofas, y sus combinaciones de rimas masculinas y femeninas los otros, como a Ovidio y a Propercio el alternar sus hexámetros y pentámetros o a Horacio el dar siempre un lugar fijo a sus sáficos y adónicos. Todos vencieron dificultades no vulgares ni asequibles para quien no debe a la naturaleza una cabeza armónica, un oído fino, y una posesión del lenguaje, que son dotes indispensables de un buen poeta.

Pero de muy pocos años a esta parte se hace alarde entre nosotros de llamar pueril y bárbaro este mecanismo, sin otra razón que la misma dificultad que ofrece a los que quisieran se les abriese el Parnaso por solo los méritos de eruditos o filósofos. Para éstos la elocuencia y los distintos géneros de prosa facilitarían vastísimo campo en que lucir sus talentos; mas se figuran que allanando las barreras que dividen los términos de la oratoria y poesía, podrán pasarse francamente por entrambas jurisdicciones, a despecho de la naturaleza que les condena a encontrar dificultades invencibles en lo que hizo tan llano y practicable para tantos claros ingenios predestinados como favoritos de Apolo. Así es que practican y preconizan el verso suelto; verso que (en paz sea dicho) lo es más para los ojos que para el oído; pues apenas es dado sino a gentes muy versadas en la lectura de los poetas, no digo el deleitarse con él, sino aun el distinguirlo de la prosa; por su corta extensión, comparada con la de los hexámetros antiguos, y la necesidad de confundirse cada verso con la mitad o tercera parte del que sigue para leerle con sentido; lo que destruye la cadencia de las once sílabas, y de los débiles acentos en que consiste nuestra prosodia, como menos poderosa para sostener un verso que la fijeza de la latina. Cuando admiten el consonante es para colocarle a bulto donde buenamente les ocurra y en una silva de rimas aventureras. De esta suerte en lugar de variarse y enriquecer la

armonía, la empobrecen, dejándola tan confusa y vaga que el oído del lector no sabe cuando esperarla, ni acierta a reconocerla. Y ¿qué diremos si a la sequedad del verso suelto aun se pretendiese agregar cierto estilo declamatorio, un tono sentencioso, un empeño de derramar la moral cruda, con exclusión de los mitológicos adornos y de las invenciones alegóricas? ¿Cómo reconoceremos a la amable Poesía, tristemente sentada en la cátedra de Demóstenes, y tan lejos de los floridos bosques en que el grande Romero y el ingenioso Ovidio meditaban y creaban aquel universo poético, transmitido hasta nuestros tiempos en brazos de todas las artes hijas de la imaginación! La práctica de estos principios, que tanto se recomiendan en varios tratados elementales publicados en estos últimos años, me ha parecido ser semilla de una nueva secta que sucederá a las dos ya desterradas y conocidas con los nombres de culteranismo y conceptismo, la cual vendremos a llamar filosofismo; tanto más hermana de ellas cuanto se compone de los mismos elementos, que son hinchazón y oscuridad. A cuya sombra todas las composiciones escritas por el mismo estilo, y sin artificio ni variedad en la versificación, parecerán todas retazos del mismo paño; y tan monótona y sorda su armonía, que habremos de inferir tristemente que a la lira de Apolo se le han roto todas las cuerdas, no le queda más que el bordón, y todos tocan por él.

Sin embargo de lo cual desearía yo se pudiese entender claramente que este monótono resultado únicamente, o el uso exclusivo de aquel estilo amanerado, es lo que considero reprehensible; y no el que un Poeta a quien su genio o carácter natural inclina a dedicarse sólo a asuntos morales y filosóficos lo practique con la maestría que yo mismo admiro en alguno de nuestro tiempo; pero que estas formas y modismos peculiares se hagan luego objeto de una ciega imitación o copia por parte de los rutineros; y se prescriba el desprecio de las que fueron inventadas, usadas y establecidas por nuestros antiguos poetas, con tanta variedad y gala de la poesía castellana, es con lo que, me parece, no podrá nunca conformarse ni la razón ni el buen gusto. La raza de críticos, que abunda cuando la de poetas escasea, es la que prescribe estas leyes. Horacio, Píndaro, Anacreón, Virgilio, Ovidio, Lucrecio se diferencian y distinguen respectivamente por estilo y tono y formas particulares. ¡Y nuestros preceptistas modernos no querrán reconocer por poetas sino a los que escriban en el lenguaje de Herrera! Y bajo el relumbrante atavío de tal lenguaje (que si pudo brillar en sus Odas, no hizo más que oscurecer sus Elegías) adonde irá a parar aquella amable facilidad, tan difícil de conseguir; aquella naturalidad y fluidez, primer atractivo de la Poesía, y que se tiene por cualidad inseparable de cuanto se llama sublime!

Dijo Dios, que haya luz; y la luz hubo luego

Por evitar estos escollos sin duda habrán caído mis versos en otros más lastimeros. Los días en que nacieron están ya sobrado distantes de los presentes para que yo no los mire sino como un lector imparcial, a quien no se le ocultan muchas sombras que oscurecen el efecto de algunas malogradas disposiciones de ingenio. Yo reconozco todas las que me quieran echar en cara los críticos, y algunas más que se les escapan a ellos, y de que yo no he tenido valor ni gusto para purificarlos. No hará, pues, mucho mi amor propio en resignarse contra los tiros de la crítica; mas debiendo precaver los de la malignidad, que se aprovecha de los conceptos, pensamientos o caprichos de una fantasía acalorada para

deducir consecuencias injustas sobre el modo de pensar y sobre la moral de los autores, no puedo menos de recordarle que estas composiciones fueron hechas en tiempos muy distintos de las circunstancias en que ya se leen; hijas todas del fervor accidental de la imaginación, movida ya de amor, ya de amistad, ya de gratitud, ya de tristeza o despecho; y por consiguiente que sus conceptos expresen solo una situación momentánea del espíritu, y de ningún modo los principios fundamentales que rigen al que los produjo. Una colección de poesías no puede menos de ofrecer al juicio infinitas contradicciones: el poeta celebra mil veces cosa entusiasmo lo que en otros casos deprime; tras de una composición en que se declama contra la guerra y sus agentes, sigue otra en que se excita el valor e inflama los corazones al desprecio de la vida: se maldice del amor en unos casos, y en otros se le solemniza en bellas frases: el poeta, entregándose a un estro indeliberado, es siempre responsable de sus versos, pero no de sus asuntos; bien al contrario de los historiadores y moralistas que, llevando por principal objeto la verdad y la razón, nunca les es lícito disfrazarlas ni contradecirse a sí mismos.

Últimamente, esta nueva edición va dividida en cinco libros que contienen poesías de los diferentes estilos en que, según el humor que me inspiraban los sucesos particulares o públicos de mi tiempo, desenvolví mis ideas: comprendiéndose en estos últimos las gloriosas circunstancias de la asombrosa guerra de la Independencia; para cuya celebridad únicamente desearía yo que pudiesen llegar mis versos a la posteridad más remota. En el primero van las que se llaman eróticas o del género amatorio, cuyo carácter debe ser la naturalidad y la ternura. En el segundo las que requieren más imaginación y un estilo más florido y pintoresco, que son las descriptivas y del género ameno y cortesano. En el tercero y cuarto las del género elegíaco y heroico, a quienes se debe un estilo más elevado, con imágenes y alusiones más sublimes. Y en el quinto las jocosas, o del género satírico, que vienen a ser caprichos o extravagancias del numen.

El lector conoce la mayor parte de estas composiciones; y por las que van añadidas sólo me toca prevenirle, que si acaso reconociere en ellas una sucesión de pinturas viva o agradablemente contrastadas, pensamientos morales y tiernos, y versos armoniosos, no tiene por qué echar mano al compás para medir sus proporciones, sino es honrarlas con las mismas señales de aprecio con que ha sabido disimular lo que sólo pudo ser indulgencia hacia mis primeros ensayos. Y en tal supuesto,

De enemigos pedantes no pretendo
para mis versos ni perdón ni excusa;
pero, segunda vez, los recomiendo
a los amigos de mi pobre musa.

LIBRO I

LAS ERÓTICAS

La dedicatoria

Oda I

Suave sería al labio de mi musa
modular solitario sus congojas
al son del agua y silbo de las hojas
de selva y río en variedad confusa:
tal vez allí la ilusa
copia de mis pesares
en tan nuevos cantares
Sonara, que envidioso a mis recreos
el ruiseñor, en circulares giros
bajara, y repitiera entre gorjeos
lo que ya le cantara en mis suspiros.

¡Mas ay! los sacros bosques son asilo
de la inocencia, que del fondo grita:
«huye profano, la mansión que habita
libre del oro el labrador tranquilo.
Tú ves el Rhin y el Nilo
que al mar descienden rojos
de sangrientos despojos:
pues vives en las Cortes que a la guerra
mandan correr desde el amor los hombres,
cuando ellos van a ensangrentar la tierra
ve tú, cruel, a celebrar sus nombres.»

Veo los héroes, oigo la victoria,
y en vano intento que su nombre anime
mi débil voz para cantar la gloria:
veo las Cortes, y mi Musa gime
ante el Prócer sublime;
humilde no halla tonos
para cantar los tronos;
Veo los cielos, y se ofusca el fuego
de mi entusiasmo a su esplendor divino:
veo a mi Silvia, y reconozco luego
que cantar la belleza es mi destino.

Beldad, seguro anuncio y embeleso
del amor, que se goza en tus prestigios:

sello de perfección que deja impreso
naturaleza en todos sus prodigios;
tú, que en los mares Frigios
naciste Citerea,
milagro de la idea
De los Apeles, Fidias y Ticianos;
yo te admiro en la tierra y en el cielo,
mas recibe el incienso de mis manos
en Silvia hermosa, tu mejor modelo.

Que por más que mis ojos arrebate
el gallardo animal que ama la guerra,
cuando al amor se arroja o al combate,
y con cuádruple pie bate la tierra,
los colores que encierra
el Iris en su cinta,
ni la variada tinta
del Sol naciendo entre celajes rojos;
no hay para mí fenómeno más bello
que el ver a Silvia, y sus brillantes ojos,
purpúrea boca, alabastrino cuello.

La vi deidad, y me postré a adorarla,
y por volver el ídolo benigno
la prosa olvido, y me dedico a hablarla
en el lenguaje de los Dioses digno.
De entonces fue mi signo
pintar en mis canciones
sus dulces perfecciones;
¡y cuánto, oh cielos, su beldad me humilla!
Que es a su lado mi elocuencia parca
un hilo de agua que en el campo brilla,
y el ancho mar que medio mundo abarca.

Hijos mis versos, Silvia, de tus ojos,
cuando mi amor mirabas indecisa,
tras de mil que engendraron tus enojos
volaron mil nacidos de tu risa:

¡oh, cómo se divisa
en unos aquel frío
de tu ingrato desvío;
y en otros un calor que al mismo exceda
con que en torno del eje diamantino
la gran masa del sol rápida rueda
ardiendo en fervoroso remolino!

Tú los cantabas, Silvia, ¡en qué lugares!
¿Te acuerdas de la selva en que habitamos,
que remedaba el ruido de los mares
con el sordo susurro de sus ramos!
Muramos, ¡ay! muramos
de vergüenza y disgusto:
que aun en algún arbusto
Se ve escrito que en todo el universo
fuerza no habrá que a separarnos baste;
y aún está allí tu letra, allí mi verso;
y dónde está la fe que me juraste!

Los sauces pintarán con elegancia,
bajo el imperio de los Euros roncós,
en sus fugaces hojas tu inconstancia,
y mi tristeza en sus desnudos troncos:
destemplados y broncos
murmurarán los vientos
de aquellos juramentos,
cuando desafiaste a aquella roca
a firmeza... ¡oh dolor! y ahora es aquella
en la que sólo estampo yo mi boca,
porque sólo tu nombre encuentro en ella!

Tal lo dispuso irremisible el hado:
encubra el velo lúgubre y espeso,
que oculta el por venir, lo ya pasado.
Silvia, murió el amor: mas no por eso
te ofendas de que impreso
subsista en mi memoria,
que si hay alguna gloria
en conmooverlos bellos corazones
con dulces metros llenos de ternura.
Y esto se diere a mí; serán lecciones
de tus gracias, tu fuego, y tu hermosura.

Y cómo corren a la mar undosa
las claras aguas por el campo ameno,
a ti mis versos, bríndalos hermosa
tu blanda mano y tu mirar sereno:
guárdalos en tu seno;
y al abrigo de aquellas
cimas del Pindo bellas
Verá, de aliento y no de furia escaso,
el monstruo vil que por morderlos lidia,

que no se oye en la cumbre del Parnaso
el ladrar de la cueva de la envidia.

La impresión primera o el pescador

Idilio I

Orillas del mar tendido
un pescador a sus solas,
como la roca a las olas y
así burlaba a Cupido:
no pretendas, dios traidor,

que te doble la rodilla,
mi tesoro es mi barquilla,
mis redes sólo mi amor.

Cuando algún incauto pez
entra en mis redes, le digo:

tal quisiera hacer conmigo
el amor alguna vez:
pero no espere el traidor
un vasallo en esta orilla;
que mi bien es mi barquilla,

mis redes sólo mi amor.

Yo vi de Nerina ingrata
al amante, ¡pobrecillo!
Que no vi ningún barquillo
a quien más la mar combata:

¿y me ofrecerás, traidor,
una ley que tanto humilla?
No: mi bien es mi barquilla,
mis redes sólo mi amor.

La bella Silvia, que en tanto

por la ribera venía,
oyó cómo repetía
el marinero en su canto:
«nunca mandarás, traidor,

en mi voluntad sencilla:

que mi bien es mi barquilla,
mis redes sólo mi amor.»

Entonces Silvia le mira,
y el corazón le penetra:
él va a repetir su letra,

y en vez de cantar suspira.
Adiós pobre pescador,
adiós red, adiós barquilla;
que ya no hay en esta orilla
sino vasallos de amor.

La declaración

Idilio II

Dulce posesora
del corazón mío,
a quien nunca frío
mi tierna pasión,
Las ansias, que un frío
silencio devora,
oye, posesora
de mi corazón.

Hoy a declararte
mis penas me arrojo;
preveo tu enojo,
mas vano será;
Que irás a vengarte,
y el mísero labio,
que te hizo el agravio,

ya frío estará.

Muriendo, en mis ojos
de lágrimas llenos
los tuyos serenos
verán la ocasión.
Dirante muriendo
que el alma te adora,

¡Cruel posesora
de mi corazón!

Si me amas, al cielo
tu gloria es subida,
pues dasme la vida,
milagro de un dios:
al mundo modelo
de dichas seremos,
envidia daremos
si me amas los dos.

Si no, pues me mata
sentencia tan dura,
será en tu hermosura
mi sangre un borrón:
¿y quieres, ingrata,
mas ser destructora
que dulce señora
de un fiel corazón?

¿Qué logra una rosa
cerrando el capullo,
cuando con orgullo
se abren otras mil?
Ceder a rigores
de insectos inmundos
los besos fecundos
del aura gentil.

No imites, hermosa,
su ejemplo y desgracias;
cede tantas gracias
a tanta pasión.
¡Ay! cédelas luego,
y sé desde ahora
feliz posesora

de mi corazón.

Poeta
Cuando Amor con Flora
su imperio partía,
turbó su alegría
sola esa canción:
por amor naciendo

ganados y flores,
sólo por amores
muriendo Damón.

Con amor hermoso
cuanto el triste mira:
cuanto ve suspira
de amorosa unión:
sin amor hermosa,
sin amor ufana
sólo la tirana
de su corazón.

Ya en lúgubres modos,
ya en llanto se explica,
y en ecos replica
todo a su canción.
Que amar saben todos:
mas de amar ignora
sólo la pastora
de su corazón.

Las señas

Soneto I

Perdí mi corazón ¿le habéis hallado
ninfas del valle en que penando vivo?
Ayer andando solo y pensativo
suspirando mi amor por este prado,

Él huyó de mi pecho desalado
como el rayo veloz, y tan esquivo
que yo grité «detente ¡oh fugitivo!
Y ya no le vi más por ningún lado.

Si no le conocéis, como en un ara
arde en él una hoguera, y cruda herida
por víctima de Silvia le declara.

Dadle por vuestro bien, que esa homicida
le hizo tan infeliz, que adonde para
mi corazón, ya no hay placer, ni vida.

Venus burlada

II

Vio Venus en la alfombra de esmeralda
de un prado a mi adorado bien dormido,
y engañada, creyendo ser Cupido,
alegremente le acogió en su falda.

La frente le ciñó de una guirnalda
y por hacer temible su descuido,
puso en sus manos un arpón bruñido,
y la aljaba le cuelga de la espalda.

Hijo (le iba a decir); mas despertando
mi Silvia la responde con enojos,
la aljaba y el arpón de sí arrojando:

«toma, madre engañosa, esos despojos,
porque me son inútiles estando
sin ellos hechos a vencer mis ojos.»

La guarida de amor

IV

Amor como se vio desnudo y ciego,
pasando entre las gentes mil sonrojos,
pensó en buscar unos hermosos ojos
donde vivir oculto y con sosiego.

¡Ay Silvia! y vio los tuyos, vio aquel fuego
que rinde a tu beldad tantos despojos,
y hallando satisfechos sus antojos,
en ellos parte a refugiarse luego.

¡Qué extraño es ver ya tantos corazones
rendir, bien mío, los soberbios cuellos,
el yugo recibir que tú les pones:

si a más de que esos ojos son tan bellos,
está todo el amor con traiciones

haciéndonos la guerra dentro de ellos!

La vida media

IV

¿Qué importa que del cielo disparado
un rayo la soberbia torre abata,
si de mi choza la cubierta chata
me tiene a sus insultos resguardado?

Y si mientras del viento el mar hinchado
contra el escollo naves arrebató,
estoy al fuego, entre familia grata,
asando mis castañas, ¿qué cuidado?

Árdase el orbe entero en la braveza
y en las guerras de Marte sanguinoso,
que si de Silvia, por mayor fineza,

besos me da de paz el labio hermoso,
¿Habrà opulencia igual a mi pobreza!
¿O ajena dicha me tendrá envidioso!

El no

V

¡Ay cuantas veces a tus pies postrado,
en lágrimas el rostro sumergido,
a tus divinos labios he pedido
un sí, cruel, que siempre me han negado!

Y pensando ya ver tu pecho helado,
de mi tormento a compasión movido,
en vez del sí ¡ay dolor! he recibido
un no que mi esperanza ha devorado.

Mas si mi llanto no es de algún provecho,
si contra mí tu indignación descarga,
y si una ley de aniquilarme has hecho;

Quítame de una vez pena tan larga,
escóndeme un puñal en este pecho,
y no me des un no que tanto amarga.

La flor temprana

Suele tal vez, venciendo los rigores
del crudo invierno y la opresión del hielo,
un tierno almendro desplegar al cielo
la bella copa engalanada en flores;

Mas ¡ay! que en breve vuelve a sus furores
el cierzo frío, y con funesto vuelo
del ufano arbolillo arroja al suelo
las delicadas hojas y verdores.

Si tú lo vieras Silvia, «¡oh pobre arbusto,
dijeras con piedad, la suerte impía
no te deja gozar ni un breve gusto!»

Pues repítelo, ingrata, cada día;
que el cierzo frío es tu rigor injusto,
y el triste almendro la esperanza mía.

El templo de Venus

Canto Lírico

Cual solitario cisne, que mirando
próximo de morir el trance fuerte,
con canto triste, armonioso y blando
se pone él mismo a celebrar su muerte,
de esta manera yo, Dilerio, cuando

cercano a padecer la misma suerte,
el fatal golpe de la parca espero,
cantar mi muerte como el cisne quiero.

Si la amigable musa no desmaya,
y si su influjo al espirar recibo,
mi pena haré que a tus oídos vaya

envuelta en los renglones que te escribo:
pero Clío al mirar la ardiente playa
en que desamparado ¡ay triste! vivo,
no osa dejar, por más que yo la brindo
la deliciosa habitación del Pindo.

Hasta las mismas musas me han dejado;
que yo no sé si, viéndome perdido,
el amor o el temor las ha alistado
de mi enemiga hermosa en el partido:
en el horrible y turbulento estado
a que la ingratitud me ha reducido,
tan solamente a tu amistad apelo
por único remedio y por consuelo.

A ti tan solamente, ilustre amigo,
inestimable y firme compañero,
a ti te haré de mi dolor testigo,
pues lo eres del amor más verdadero:
lee esta triste carta en que me obligo
a pintarte el estado lastimero
de una alma que fluctúa entre pasiones,
si no borra mi llanto los renglones.

La negra atrocidad, el inhumano
rencor de aquel destino más impío,
no produjo jamás en pecho humano
un dolor comparable al dolor mío:
en vano el corazón emplea, en vano,
para oponerse al mal su esfuerzo y brío;
porque como corriente impetuosa
todo lo arrasa mi pasión furiosa.

Mi débil corazón, atribulado
de sus males por la hórrida procela,
es cual barco en el golfo alborotado
sin palos, sin timón, jarcia ni vela;
de las hinchadas ondas volteado
veloz tan pronto hasta las nubes vuela,
veloz tan pronto en el instante mismo
se encuentra sumergido en el abismo.

Cuántas pasiones puso en el humano
la cólera temible de los cielos,
tantas conspiran con furor insano
a conturbar mi pecho entre desvelos

esperanza, tristeza, amor tirano,
odio, temor, resentimiento y celos;
todas unidas en mi daño se hallan,
y contrapuestas entre sí batallan.

Y el eterno tesón de la congoja,
que en descontento vuelve mi alegría,
de toda la esperanza me despoja
de mejorar de suerte en algún día:
ni un instante el dolor la cuerda afloja
en el silencio de la noche umbría,
ni cuando en la mitad de su carrera
se para el sol a iluminar la esfera.

¡Ay, cómo los placeres más completos
ya se han mudado en fuentes de disgusto
y cuantos me rodean son objetos
propios para excitar horror y susto!
De árboles secos feos esqueletos;
de áridos montes el aspecto adusto;
y en vez de flores ásperos abrojos,
que crecen con el llanto de mis ojos.

Si antes la sociedad me disgustaba,
hallaba mi descanso en el retiro;
pero el placer que el bosque antes me daba
con aversión y tedio ahora le miro.
El viento que las hojas meneaba,
del arroyuelo el tortuoso giro,
ni delpreciado ruiseñor el canto,
no tienen para mí ningún encanto.

El sueño que las penas tanto engaña,
y a todos los vivientes hace iguales,
pues el pastor que duerme en su cabaña
no echa de menos las alcobas reales,
si mis sentidos un instante baña,
la idea me presenta de mis males
en formas tan horribles y espantosas,
que más que la evidencia son penosas.

Me acuerdo que una noche en que el exceso
de una cavilación tan incesante,
o de las mismas lágrimas el peso
me hizo cerrar los ojos un instante;
el breve y melancólico embeleso

un sueño me inspiró tan semejante
a la causa fatal de mis congojas,
cual te dirá mi voz, si no te enojas.

En el florido campo de Citeres
transportado de pronto me contemplo,
morada de los lúbricos placeres
do Venus tiene su soberbio templo;
gran tropa de varones y mujeres
iban a entrar en él; y yo a su ejemplo
de una secreta fuerza arrebatado
puse los pies en el umbral sagrado.

Entré; pero parome la hermosura
de la fabrica inmensa que veía;
obra de amor y que unió para su hechura
las musas y las gracias a porfía:
de aquel mármol, que al alba en su blancura,
y en duración al tiempo excedería,
las columnas, los arcos eran hechos
que sustentaban los excelsos techos.

Abren sonantes y anchurosas puertas
del templo el paso a la votiva gente,
rodando en quicios de metal, cubiertas
de láminas de plata refulgente:
en ellas para siempre dejó abiertas
el buril de Vulcano diestramente
altas memorias de hurtos amorosos,
que son de amor los triunfos más gloriosos.

Vieras allí por el pastor altivo
en vivas llamas abrasarse Troya;
llamas que lanza Atridas vengativo
al robador de su amorosa joya:
mírase allí pintada tan al vivo
del caballo la bélica tramoya,
que parece se ve correr la gente,
y se oye hablar a Ulises elocuente.

Vieras a Dido allí, llena de enojos,
del Troyano llorando el fingimiento,
puestos los tristes aunque hermosos ojos
en las naves que ya se lleva el viento:
y con las armas, únicos despojos
del fugitivo amante, en un momento

caer traspasada en las ardientes teas,
con moribunda voz llamando a Eneas.

Vieras también a Júpiter tonante
dejando a un lado el celestial decoro,
por una ninfa en la ribera errante.
Ir transformado en inocente toro;
y a la guardada en muros de diamante
gozarla convertido en lluvia de oro,
mostrando no hay honor tan defendido
que amor no venza al interés unido.

Creieras ver que el alto Olimpo estriba
sobre la enorme cúpula dorada,
no habiendo humana vista que perciba
(tal es su elevación) si está cerrada:
unas veces del sol la llama viva
como el cristal la deja iluminada,
otras, oscurecido el vasto seno,
se oye debajo retumbando el trueno.

De los sagrados muros en contorno
no se descubren dóricas labores,
que del templo de amor el propio adorno
sólo guirnaldas son de hermosas flores:
ellas, volviendo y revolviendo en torno
de las altas columnas, mil olores
hacen subir desde la tierra al cielo,
que en amantes deliquios dan consuelo.

Por gozar del abril las verdes galas
concurren pajarillos a millares,
con el sordo susurro de sus alas
rondando alrededor de los altares:
Amor, tú sus pasiones les señalas,
tú los reúnes en amantes pares,
y malicioso te diviertes luego
en verlos respirar tu infausto fuego.

Yo estaba embelesado contemplando
tan vasto, hermoso y mágico edificio,
cuando advertí que se iba levantando,
creciendo y resonando un gran bullicio:
«Venus, Venus, favor (iban gritando):
Amor, divino amor, sednos propicio»;
y las mismas palabras que decían

las bóvedas del templo repetían.

Entró un carro tirado de palomas;
un gran coro de ninfas le rodea:
en él sentada, y difundiendo aromas
iba en el traje Venus Citerea
que dio a su mano de las áureas pomas
la más gloriosa en la montaña Idea;
velo que de las Gracias la más pura
prendió oficiosa a su gentil cintura.

¡Oh! si me diera aquí naturaleza
en vez de pluma su pincel valiente,
pintara la hermosura y gentileza
de la madre de Amor omnipotente:
la graciosa apostura de cabeza,
las negras cejas, la serena frente,
y la rica madeja del cabello
que se derrama por el albo cuello.

¡Quién pudiera pintar el atractivo
de los brillantes ojos y serenos,
que con un mirar lánguido y lascivo
lanzan de amor mortíferos venenos
¡Cuántas veces a Jove vengativo,
pronto a aterrar al mundo con sus truenos,
estos ojos con sólo una mirada
le dejaron la diestra desarmada!

Pero entonces tan dulce los revuelve,
tan graciosa los para y los retira,
que en amor, en delicia, en fuego envuelve
la tierra, el cielo, y cuanto al paso mira:
aquí la paz a dos amantes vuelve,
allá piedad en una ingrata inspira,
acá las furias de un celoso calma,
allí en la ausencia la inquietud de un alma.

Deslizado el pincel pintara luego
de su seno los orbes torneados,
que a no encerrarse en ellos tanto fuego,
dijera que de nieve eran formados:
en ellos es donde Cupido ciego
cuando aplica los labios sonrosados
mama por leche aquel licor ardiente,
que le hace tan lascivo y delincuente.

Tanta belleza, tanta maravilla
vi de la Dea en la divina cara,
que cuanta estrella en ese cielo brilla
para comparación no me bastara.
Los amadores ya con fe sencilla
se iban humildes acercando al ara;
su ofrenda en ella cada cual coloca,
y, suspirando, a la deidad invoca.

Uno la blanca palomilla inmola
por pintar de su fuego la inocencia:
otro la tortolilla viuda y sola
por abreviar los plazos de la ausencia:
el celoso la pálida viola:
y el olvidado humo de la esencia
más olorosa que la Arabia cría;
yo solo sin ofrenda me veía.

Como rosal, que al despuntar la aurora
rompiendo los pimpollos opresores,
aunque varios matices atesora,
siempre el carmín resalta en sus colores;
así al verme entre el vulgo que la adora,
sin ofrenda de inciensos ni de flores,
se puso el bello rostro de la diosa,
no sé si de enojada o vergonzosa.

¡Mas ay triste de mí! que su semblante
dudar no me dejó de sus enojos
y vi salir un rayo penetrante
de cada cual de sus hermosos ojos.
«Pérfido adorador, traidor amante,
(Me dijo) ¿qué pretenden tus arrojos!
¿Con qué poder, con qué derecho impío
osas tú profanar el templo mío!

«¿Tú, el más infame y vil de los humanos,
a insultarme, sacrílego, te atreves!
¿No sabes que los dioses soberanos
tiemblan de mis enojos los más leves?
¿Tú, sin ofrenda alguna entre tus manos,
hacia el sagrado altar la planta mueves!
¿Hay un mortal que tal audacia tenga,
y Citerea Venus no se venga!

«Pues a mi omnipotente padre hago,
por la Estigia laguna, juramento
de causar en tu pecho tal estrago
que sirva a tus secuaces de escarmiento.
Una ingrata mujer te dará el pago
de esta profanación y atrevimiento:
tú la amarás; mas de su pecho duro
no te prometas ni un favor, perjuro.

«La explicarás tu amor; y ella con ceño
ni querrá dar oídos a tu queja,
sino huirá de ti con el empeño
que del hambriento lobo huye la oveja:
la verás en los brazos de otro dueño,
y que a ti en tu furor morir te deja:
así castigaré tus desacatos:
hijo, da cumplimiento a mis mandatos.»

Dijo: y el niño amor, que en el regazo
de su divina madre reposaba,
alcanzó con pueril desembarazo
una dorada flecha de su aljaba,
el arco apoya en el siniestro brazo,
y disparando con la diestra brava,
tal herida, el cruel, hizo en mi pecho,
que a él mismo le pesó de haberla hecho.

Con la impresión del golpe doloroso
de un salto me salí fuera del lecho;
el corazón me late presuroso.
Que ni el aliento puedo echar del pecho:
y como el cervatillo que medroso
huyendo va del cazador acecho,
a todas partes miro, y cuanto veo
me parece ser sueño, y no lo creo.

No es sueño mi dolor, que la divina
Silvia por quien idólatra me muero,

vengando a la colérica Ciprina,
tanto odiándome está cuanto la quiero:
ella desprecia en mí la pasión fina
por hallar un amor menos sincero;
¡ah! no conoce, como yo, el estado
doloroso de amar, sin ser amado.

Así de mi dolor la contumacia
me atormenta y oprime noche y día,
y de esta suerte, amigo, mi desgracia
siempre patente está en la fantasía.
¡Oh! si fuera tan viva su eficacia
que diera fin a la existencia mía,
viera yo terminado mi martirio;
¿Pero yo venturoso? ¡Qué delirio!

Los desvelos

VII

Queda dormido sobre el duro leño
el marinero de bogar cansado;
duerme, y a los sentidos del soldado
Marte ofrece también dulce beleño.

Duerme el sabio después que con empeño
gran rato en su bufete ha meditado:
sin hacer nada el necio embelesado
vase entregando poco a poco al sueño.

Yo solamente del común reposo
no disfruto un momento, un breve rato:
¿Pues cómo ha de vivir, sino angustioso,

quien está viendo, Silvia, tu retrato,
a todas horas celestial y hermoso,
pero a ninguna compasivo y grato!

La bandera

Epístola I

Delio, leí tus versos delicados
lentos de amenidad y de dulzura,
y viendo tus trabajos ponderados
moviome a compasión tu desventura:
vi la negra prisión de los malvados
que retratar tu musa allí procura,

de quien eras ayer guardián severo,
como allá en los infiernos el Cerbero.

Te juzgas infeliz; pero yo envidio
esas que tú me pintas crudas penas,
pues es mejor ser guarda de un presidio
que arrastrar del Amor duras cadenas;
tú las noches en lánguido fastidio
pasas, y yo de turbulencia llenas:
¡Cuánto más apacible es esa calma,
que en esta agitación tener el alma!

Si tú vives cerrado a tu despecho
entre facinerosos malhechores,
yo a mi pesar albergo en este pecho
el mayor de los fieros matadores:
¡Cuánto mayor estrago tienen hecho
los dardos del amor abrasadores,
que con el fuego o acerado hierro
la forajida gente de ese encierro!

Cuando tú ayer al declinar la tarde
a su colmo elevaste mi alegría,
insidioso el amor, como cobarde,
sus tiros a mi pecho dirigía:
en un balcón estaba haciendo alarde
de su beldad la desdeñosa mía,
tanto que enamorado de su cara,
el mismo sol por contemplarla para.

Bien pudieran a vista de sus ojos
obscurer su brillo las estrellas;
pudiera viendo sus cabellos rojos
Febo ocultar sus pálidas centellas
al mirar sus mejillas por despojos
rendir pudiera abril sus flores bellas;
a su pecho el invierno llamar debe
lo más cándido y puro de su nieve.

Viendo en su boca la agradable risa,
ocultará sus perlas el oriente,
ocultará sus perlas si divisa
las que se asoman al coral riente:
a parecer obscuro le precisa
al cielo lo sereno de la frente,
pues porque esté serena allí le deja

un iris la natura en cada ceja,

¿No ves al caminante en la espesura
de las frondosas selvas emboscado,
si le sobrecogió la noche oscura,
sin hallar el camino deseado?

¿No le ves triste y lleno de amargura
mirar el cielo en nubes enlutado,
y el agua que los árboles desgaja
y derrumbada de las nubes baja?

¿Y cuando solamente se está oyendo
el ronco silbo del soberbio noto,
un relámpago vivo precediendo,
que parece abrasarse el verde soto
rasga la nube el rayo con estruendo,
tiembla la tierra en duro terremoto,
y atónito y confuso el caminante
no osa mover la planta atrás ni adelante?

De esta manera yo cuando marchaba
al compás de instrumentos belicosos,
alta la noble insignia que guiaba
al templo del honor los valerosos;
cuando advertí que Silvia en mí fijaba
los rayos de sus ojos luminosos
me turbo, paro, y resistiendo en vano,
se me cae la bandera de la mano.

De la amorosa llama perturbado
rendí a sus pies la insignia del dios Marte;
¡Que mucho tremolando, enarbolado
en su frente, de Amor el estandarte!
¡Ay Delio! y pues ya ves mi triste estado,
un consejo por último he de darte,
y es, que si tienes corazón sensible,
te guardes de su vista, que es temible.

Al corazón

Oda II

Pobre corazón mío,
te siento palpitar apresurado:

¿Qué es del antiguo brío?
¿Tú tan acongojado?
¡Ay! ¿quién te ha puesto, dime, en tal estado!

¿Tú tiemblas y enmudeces!
¿La presunción altiva qué se ha hecho,
Con que quisiste a veces
Salírteme del pecho
Por parecerle a tu arrogancia estrecho!

¡Qué! ¿tan pronto se muda
en temeroso un corazón valiente!
Sácame de esta duda,
pues te tengo presente,
pero te desconozco enteramente.

Sumergido te encuentro
en las lágrimas mismas que derramas,
y veo de tu centro
salir voraces llamas;
¡Ah! no lo dudo, corazón, tú amas.

No es menester respuesta
para que tu desgracia se autorice:
Amas, sí; tu funesta
situación me lo dice:
Y no te corresponden: ¡infelice!

Fue de una vergonzosa
pasión tu libertad esclavizada:
¡Ay libertad preciosa,
víctima desdichada,
en las aras de amor sacrificada!

Con desprecio veías,
ajeno de caer en tal desbarro,
de amor las tiranías
burlándote bizarro
de los que tiran su triunfante carro.

Mas ya te estoy mirando
entre viles esclavos confundido,
la cadena arrastrando,
al carro vas uncido,
más que ninguno de ellos abatido.

Más que ninguno de ellos,
pues si al Amor a sujetarse vienen
sometiendo sus cuellos,
correspondencia tienen,
con las esperanzas se mantienen.

Pero tú sin ventura,
sin esperanza, odiado estás ahora,
amando una hermosura
injusta a quien la adora,
que sólo del ingrato se enamora.

Cual Ícaro tu vuelo
al claro sol de Silvia has levantado;
ya te ves de su cielo
cual Ícaro arrojado,
y en el mar de tus lágrimas ahogado.

En tu esperanza vana
ni el más leve verás de sus favores,
pues guarda la inhumana
para otros los olores,
para ti las espinas de las flores.

Son sus mayores gozos
ver tus ojos en llanto derretidos;
tus ayes, tus sollozos,
tus míseros gemidos
son música agradable a sus oídos.

Pues, corazón cobarde,
esfuerza en la desgracia, toma aliento,
y ya que ella hace alarde
de tu fiero tormento,
haz tú de aborrecerla el firme intento.

Ya, ya por fin respiras,
y noble correspondes a quien eres;
te burlas, de sus iras
injurias la profieres,
la miras orgulloso, y no la quieres.

Contemplas los estragos
con que a otros pechos el Amor afana;

no escuchas sus halagos,
y haces su astucia vana
de Silvia huyendo la beldad tirana.

Mas, corazón ¿qué haces?
¿Al nombre de la ingrata te enterneces?
¿En llanto te deshaces?
¿Mil suspiros la ofreces?
¿Has olvidado ya que la aborreces?

¡Ay, que tú Silvia bella,
en situación te ha puesto bien terrible!
El separarte de ella
aún dudo si es sufrible,
pero el aborrecerla es imposible.

El desconsuelo

VIII

Crecido con las lluvias de repente
rompe el río las márgenes que baña
e inundando sus aguas la campaña.
arrasa frutos, árboles y gente.

El pastor, que asustado y diligente
se subió por librarse a la montaña,
ve desde allí el ganado y la cabaña
envueltos en el rápido torrente.

Y aquel vivo dolor con que afligido
mira ahogadas las tímidas ovejas
para siempre llorándose perdido,

No equivale a la angustia en que me dejas,
Silvia, cuando tu labio endurecido
responde con desdenes a mis quejas.

El sueño importuno

Oda III

No vengas, dulce sombra
de mi adorado dueño,
a hermostear mi sueño
para volar con él:
Mi labio ¡ay Dios! te nombra,
pero despierto, y pago
caro el fugaz halago
con un dolor cruel.

Ponga la noche al menos
tregua a las ansias mías;
y pues me sobran días
para apurar su hiel:
No vengas dulce sombra
de mi adorado dueño
a hermostear mi sueño
para volar con él.

Muerte es la negra noche,
muere del sol el rayo,
ceden a igual desmayo
campo, aveçilla y flor,
Y hallo en tan vasto luto
el infeliz consuelo
de ver el mundo en duelo,
como lo está mi amor.

Si él a oprimir bastare
mi párpado un momento,
el velador tormento
siendo un momento infiel;
No vengas dulce sombra
de mi adorado dueña
a hermostear mi suelo,
para volar con él.

Cuando en la amarga lucha
de mi tenaz congoja
sobre el cojín se arroja
mi acalorada sien;
Este el postrer suspiro,
es, digo, y postrer gota,
que de mis ojos brota
para el ingrato bien.

No anhelo sueño entonces,

sino mortal letargo;
mas ay que el llanto amargo
vuelve a mis ojos fiel;
tras la implacable sombra
de mi adorado dueño,
que hermoseó mi sueño
para volar con él.

No soy de los felices,
a quienes blando el sueño
suele volver risueño
dichas que les robó;
a mi un sopor terrible
lígame en férreos lazos,
para arrojarme en brazos
del ansia en que me halló.

Para espirar soñando,
sin despertar muriendo,
de tanto espectro horrendo
entre el feroz tropel,
no vengas dulce sombra
de mi adorado dueño
a hermosear mi sueño
para volar con él.

Sé fiel a mis desdichas,
o sueño, en tus delirios,
píntame los martirios
de mi constante fe:
píntame los rigores,
o la cruel cadena
a que ella me condena
cuando a sus pies me ve.

Mas si, en mi mal piadoso,
vas a pintarla humana...
mientes, que ella es tirana:
rompe el falaz pincel;
y huya la amable sombra
de mi adorado dueño
de hermosear mi sueño
para volar con él.

La desesperación

IX

Inhumano destino, dura suerte,
furia de amor cebada en abatirme,
¡cuándo te cansarás de perseguirme,
y yo descansaré de padecerte!

Mas tu cruel constancia ya me advierte,
que en el averno has hecho voto firme
de no cesar con penas de afligirme
hasta el instante mismo de mi muerte.

Muerte, pues si remedio de mis males
has de ser, ¿en qué tarda tu venida?
Corta ya mis espíritus vitales;

No tu pálido aspecto me intimida,
que será el ver que pisas mis umbrales
el único placer que tuve en vida.

La Silvia

Canto lírico

Fuentes del sentimiento y la armonía,
regalo de los Cisnes del Parnaso,
primer favor que Febo les envía
a ellos tan liberal, como a mí escaso,
refrigerad mi ardiente fantasía,
algunas flores derramando al paso
sobre el recuerdo del fugaz contento
de que cantando alivio el pensamiento.

Que así como al soldado le es gustoso
contar de anciano juvenil victoria,
o al inhábil marino en su reposo
de sus naufragios peregrina historia,
yo así un instante de mi vida hermoso,
un sólo instante, traigo a la memoria:
volviendo así tras la ilusión perdida
corriente atrás del río de mi vida:

Mas no la lira pulsará mi mano
para quien del Amor dichas moteja,
que canta el ruiseñor, y suena en vano
para el villano su doliente queja;
mas si pasa el sensible ciudadano,
que caminando de su amor se aleja,
luego a la voz simpática se para,
y al del ave infeliz su mal compara.

Dos veces su carrera dilatada
al rededor del sol la tierra hacia,
y el sol con influencia variada
en frutos diferentes la envolvía,
sin que la hermosa Silvia, acostumbrada
a oír y despreciar la pena mía,
a una pasión tan firme y verdadera
un solo rayo de esperanza diera.

Vanas eran mis tiernas persuaciones,
sin fruto el suspirar, perdido el llanto,
que ella la brava mar de mis pasiones
miraba desde el puerto sin espanto:
y cuando en lastimeras expresiones
iba a exponerla humilde mi quebranto,
dioses, que su semblante airado visteis,
aun vosotros su cólera temisteis.

¿Veis en furor a la Leona torva,
que el duro lazo en destrozarse empeña
rabiosa despedir la garra corva,
y al aire dar la polvorosa greña:
ceba en el tronco que su fuga estorba
los dientes que entre blanca espuma enseña,
fuego brotan sus ojos encendidos,
la selva se estremece en sus rugidos?

No menos obstinada en su despecho
oye mis quejas Silvia, pues parece

crece la ingratitud en aquel pecho
al paso que en el mío el amor crece:
mi corazón en lágrimas deshecho
los de las mismas fieras entenece,
pero Silvia se burla en su porfía
de la ternura de ellas y la mía.

¿Quién, al ver la frescura de las rosas
en su apacible rostro, imaginara,
que bajo de apariencias tan hermosas
un corazón impío se ocultara!
¿Impío? ¡Oh dioses! no: si las dichosas
mansiones vuestras la piedad dejara:
¿Dónde encontrara asilo digno de ella,
sino en el pecho de mi Silvia bella?

No es que un corazón tenga de diamante
insensible al amor. ¡oh Dios! no es eso;
es que nadie la adora digno amante,
aunque llegue a adorarla hasta el exceso:
al lado de su mérito brillante
es débil mi pasión, yo lo confieso;
mas si yo no la quiero, busca en vano
más fuego, más amor en pecho humano.

Así lo conoció la hermosa un día
que acaso en mí fijó sus claros ojos;
de un corazón que en vivo fuego ardía
vio consumir los últimos despojos:
la vista del horrendo mal que hacía
moviola a compasión, y de sus rojos
labios dejó salir un sí tan tierno,
que pudo hacer feliz al mismo Averno.

Palabra, que al salir dejó suspensas
las leyes a que el mundo se halla adjunto;
los planetas sus órbitas inmensas
cesan en describir por aquel punto:
Febo, rompiendo las tinieblas densas,
lució de noche a las estrellas junto,
y Neptuno, elevado sobre un monte
de agua, domina el férvido horizonte.

En medio del Olimpo Amor risueño
triunfante se presenta en la palestra;

Venus regocijada con empeño
la victoria del hijo al padre muestra:
Júpiter, descompuesto el grave ceño,
revuelto el manto, sin acción la diestra,
y casi fuera de su trono inmenso
contempla a Silvia atónito y suspenso.

Suspensas, quietas, y en silencio mudo
las obras de natura portentosas,
buscan aquel feliz mortal que pudo
entrañas ablandar tan rigurosas;
y cuando de la boca en que el más crudo
desden dictó respuestas siempre odiosas,
venciste, tuya soy, Fileno, oyeron,
a sus antiguas leyes se volvieron.

Amor, que la inspiraste el dulce intento
de pagar mi pasión constante y fina,
la poderosa mano ni vio momento
levantes de tal obra, que es divina:
al lado de mi Silvia el pensamiento
adorará tu imagen peregrina,
y serás más feliz puesto a su lado,
que en la falda de Venus acostado.

Mira ya renacer en el Oriente
el día más hermoso y más sereno,
en que dejará Silvia lo inclemente,
haciendo venturoso a su Fileno:
mira ya descollar su rubia frente
al sol de nuevos resplandores lleno,
que los fogosos brutos apresura
para testigo ser de mi ventura.

En vano de tu luz haciendo ensayos,
¡oh Febo! al precipicio te conduces,
¿Qué será del torrente de tus rayos
cuando Silvia abrirá sus claras luces?
Buscarás que tus pálidos desmayos
oculten de la noche los capuces;
pero Silvia hará claros tus sonrojos,
ahuyentando la noche con sus ojos.

Mas si la escucho que a sus pies me llama
para hacerme señor de su albedrío,

¿Cómo así cede el fuego que me inflama
en vez de centellar con nuevo brío?
Un hielo por mis venas se derrama,
¿La has olvidado ya, corazón mío?
¡Ah! la idea del gusto que te aguarda
te llena de temor, y te acobarda.

Yo que a la triste margen del Letheo
bajara con valor y confianza,
no por un bien perdido, como Orfeo,
sino por tener de él leve esperanza
cuando benigna a la Fortuna veo
que alegre su dorada copa alcanza,
y me brinda el placer más soberano
¿no tendré esfuerzo de alargar la mano!

Tres veces a pisar llegué la puerta
que al templo de mi Diosa daba entrada,
y otras tres veces la esperanza incierta
hizo volver atrás la planta osada.
Entre fríos temores medio muerta
iba a quedar mi dicha sepultada;
pero Amor me dio fuerza de improviso,
Y cercado me vi de un paraíso.

Veo extenderse una florida alfombra
bajo mis pies que huellan su verdura
cubrirse el cielo de apacible sombra
embalsamarse el aire de dulzura;
tropa que me rodea, y no se asombra,
de tímidas corcillas; y Natura,
que hacer un sitio digno solicita
del soberano dueño que le habita.

Suspendióme con súbito embeleso
la vista de los árboles frondosos,
encorvadas las ramas con el peso
de los frutos más dulces y sabrosos;
a veces figurando un bosque espeso
enlazados los troncos escabrosos,
otras formando calles agradables
de hileras a la vista interminables.

Jamás aquellos árboles conmueve
de bramadores vientos el orgullo;

el dulce respirar del aura leve
excita de sus hojas el murmullo,
a cuyo blando son también se atreve
la tórtola a mezclar el de su arrullo,
y el de los ruiseñores, que sus nidos
tienen entre las hojas escondidos.

No espera allí Natura los sudores
de fatigados hombres, ni de brutos,
para cubrir los árboles de flores,
y sazonar los deliciosos frutos;
ni del invierno teme los rigores,
pues de sus producciones los tributos
en cualquiera estación a Silvia ofrece,
que ella su gloria y su deidad parece.

Las manantiales aguas cristalinas,
bajando con estruendo despeñadas
entre escarpadas rocas y colinas,
formando van magníficas cascadas:
y después que las plantas más vecinas
del benéfico humor dejan bañadas,
se parten en arroyos bullidores,
y se pierden jugando entre las flores.

Las flores, que en eterna primavera
mantiene siempre frescas y olorosas
Silvia con la esperanza lisonjera
de hacerlas en su pecho venturosas:
la rústica amapola en él espera
causar envidia a las purpúreas rosas,
que puesta en tal esfera, en lustre y gala,
la reina de las flores no la iguala.

Terminan la remota perspectiva
cordilleras de montes a lo lejos:
lagunas que del sol la luz más viva
reverberan en trémulos reflejos:
mieses que mueve el aura fugitiva;
y ganados y alegres zagalejos
cantando y caminando hacia la aldea,
que allá la niebla impide el que se vea.

En lo interior las aves inocentes
que están sonoros trinos ensayando,

el lento murmurar de las corrientes
aguas que por el valle van cruzando,
la multitud de olores diferentes
que el céfiro difunde al aire blando;
todo delicias, todo amor respira,
todo amores de Silvia al mundo inspira.

En fin, aquellos sitios fortunados
parece solamente haber servido
de asilo a dos amantes conservados
de las ruinas del mundo destruido:
yo a quien tantos objetos encantados
tuvieron hasta entonces sin sentido,
pensé buscar la celestial figura
de la que daba ser a la hermosura.

No con tal prontitud atrás se deja
la antigua selva por bajar al río
la fatigada cierva, sí le aqueja
la sed en el ardor del seco estío;
como yo, revolviendo la perpleja
vista por todo aquel lugar sombrío,
la imagen de mi bien iba buscando,
encantos y delicias despreciando.

Pasé la multitud maravillosa
que de bellezas primavera envuelve;
pero mi pensamiento, que en la hermosa
Silvia se ocupa, ni a mirarla vuelve:
la majestad noté con que la rosa
de su verde botón se desenvuelve;
pero al querer fijar la vista en ella
No (me responde Amor): Silvia es más bella.

Mas ¡ay! en vano el cuerpo miserable
en busca del amado bien fatigo,
que iba huyendo de mí la sombra amable
con más velocidad que yo la sigo;
al fin, sobre aquel árbol admirable
que no teme de rayos el castigo
sentado vi de Citerea al hijo,
que con maligna risa así me dijo.

«Oye, Fileno, al fin de esa alameda
modular una voz grata, suave,

que el curso libre a los alientos veda,
y arrebatarse los corazones sabe:
¿juzgas ser el favonio que remeda
el cantar apacible de algún ave?
¡Ah! ¿con que no conoces, inocente
que es tu Silvia, que canta dulcemente?»

De un arroyo feliz siguiendo el rastro
sentada ¡ay Dios! la vi en su verde orilla,
más clara y luminosa que aquel astro
que en medio de la esfera inmóvil brilla;
sobre el brazo más blanco que alabastro
apoyada la angélica mejilla;
y los ojos, de amor ministros ciertos,
de celestiales párpados cubiertos.

De gracia y majestad a un tiempo llena,
Amor a un tiempo y sumisión infunde;
albo color de leche en la serena
frente y garganta bella se difunde
en su rostro el candor de la azucena
al carmín de la rosa se confunde;
mas la boca, mansión de amable risa,
sola en ella la rosa se divisa.

Inmóvil a tal vista, ni al aliento
osaba dar salida de medroso,
viendo con la quietud que el mismo viento
respetaba en silencio su reposo;
y no sé yo si acaso en tierno acento,
a vista de prodigio tan hermoso,
ésta es mi Silvia, gloria de mis penas,
tímido el labio pronunciase apenas;

pues por una sonrisa maliciosa
que de los suyos separó la grana,
como suele el pimpollo de una rosa
abrirse al despuntar de la mañana;
mi suerte hasta la altura más gloriosa
vi remontarse próspera y ufana,
pues luego conocí que no dormía,
sino despierta estaba, y lo fingía.

Y huyen al punto ¡oh dicha! de su frente
cuantos desdenes ásperos prohíben

mi tierno amor, y me hace de repente
el mortal más feliz de cuantos viven.
Parece que la selva entonces siente
mi placer, que las aves le perciben,
pues coronando van en varias tropas
de los vecinos álamos las copas.

Cada amorosa fuente se apresura
por arrojarse al seno de su lago;
cada paloma muestra su ternura
de su movable cola en el halago;
cada vid a su tronco se asegura;
cada muro a su yedra vuelve el pago,
y cada insecto liba mil olores
en los sabrosos besos de las flores.

A cuyo son campestre y halagüeño
así se unió mi voz amante y pura:
«Oh soberana Silvia, único dueño,
a quien me entrega amor y mi ventura,
depón, hermosa, el obstinado empeño
de negar por trofeo a tu hermosura
un corazón, que en sí siente el destino
de ser premio a tu mérito divino.

«Que este delirio amante en que se inflama
no lo ha encendido en él pródigo el cielo
sino para que brille en digna llama
la suprema beldad que en ti dio al suelo;
ya Himeneo estos vínculos reclama,
antes que el tiempo con furtivo vuelo
llegue, y mande a los fríos desengaños
talar la flor de tus floridos años.

«Yo tu esposo he de ser: y esta voz mía
no Amor sólo en mi labio la coloca,
sino que la afirmó con energía
la voz de Silvia, y su purpúrea boca:
y ambos corriendo entonces a porfía,
no quedó tronco allí, ni dura roca
sin recibir en cifra, o dulce empresa,
nuestro contrato, y nuestra fiel promesa.

Mal segura promesa ¡y qué te has hecho!
Sombra, y no más es ya la dicha suma

que tuvo esfuerzo de sentir mi pecho,
pero que no sabrá expresar mi pluma:
cobró ya su tiránico derecho
el tiempo, que no hay bien que no consuma,
y del mío tan solo me ha dejado
un ¡ay que fue! más ¡ay que se ha acabado!

Ausente de ella vivo: en sus favores
clavó la envidia el venenoso diente:
perdona tú, ocasión de mis amores,
si te agravio en decir que vivo ausente:
vosotras avecillas, plantas, flores,
a quienes mi ventura fue patente,
ya que no sois testigos de mi muerte,
ayudadme a llorar mi adversa suerte.

Cuando secretamente unos a otros
os estáis prodigando las caricias,
acordaos, pajarillos, que nosotros
fuimos vuestro modelo de delicias;
y por el bello día en que vosotros
volasteis a pedirme las albricias
de que Silvia me amó, venid, decirme
si Silvia piensa en mí, si Silvia es firme.

Y tú, dorado padre de los ríos,
cuando pomposo en Portugal desaguas,
la margen llena de árboles sombríos,
que retratando van tus claras aguas;
préstales a los tristes ojos míos
tu raudal todo; y si apagar las fraguas
que mi pecho alimenta no logras,
corre a perderte en los inmensos mares.

Silvia, tu nombre, Silvia, el pecho bronco
en la orilla del mar al aire daba:
Silvia, al estruendo de las olas ronco
en la ribera opuesta el son acaba:
Silvia, tu nombre crece con el tronco
en que mi mano trémula le graba:
Silvia, el aire silbando entre las cañas;
Silvia, repite el eco en las montañas.

Al fin, aunque el furor de las estrellas

me destierre a los montes de la luna,
y allí existieren criaturas bellas,
si más bella que tú cabe en alguna
yo les diré, mi bien, tan sólo aquellas
palabras que te di en mejor fortuna:
Nunca el ara en que Silvia fue adorada
será por otro fuego profanada.

Pasó veloz aquel feliz momento
que siguieron tantos infelices:
¡Oh! no me representes, pensamiento,
el mirto que nos hizo tan felices:
si mi dicha halló cuna en su cimiento
ya su sepulcro envuelven sus raíces,
y el doble y corvo filo de la parca
graba eterna en su tronco aquesta marca:

«mirto dichoso, cuya copa espesa
fue del más puro amor corona un día,
conserva siempre en tu corteza impresa
esta señal de la ternura mía;
y al fatigado caminante expresa,
si viniere a gozar tu sombra fría,
que si el súbito bien la muerte diera
bajo tu dulce sombra yo muriera.»

Del amor:
(A Silvia)

Cuartetos

¿Conócesle, ocasión de mi cariño,
a ese niño obediente a tus antojos,
ese, que aún fuera un inocente niño,
a no haber hecho de él un Dios tus ojos?

Él solo reina porque tú le inspiras
fuego y poder con tus divinas luces,
vive del aire que al hablar respiras,
nace en las flores que al andar produces.

Cuanto te ven le rendirán trofeos;
y el sumo bien de merecer favores
hará que aborte la virtud deseos,
y que enloquezca la razón de amores.

A mi rival

Oda IV

Tómame el oro que la Arabia cría,
o mi Rival, que como al rayo temo:
vete a reinar adonde nace el día,
y aún te obedezcan en el otro extremo.
Déjame a mí con la pastora mía,
¡su corazón!... ese es mi bien supremo.

¿Quieres un lauro que tu frente ciña
con mayor gloria que a ningún guerrero?
¡Ojalá invicto en la Mavorcia riña
venza con sólo relucir tu acero!
Déjame a mí de mi adorada niña
sólo un laurel que de su mano espero.

El paladar si recrear codicias,
yo pediré que te conceda el cielo
en peces y aves todas las primicias
del ancho mar y del florido suelo,
mientras que yo para gozar delicias
ansioso al lado de mi Silvia vuelo.

¿Es tu ambición saber Astronomía?
Newton te dé su penetrar intenso;
quita los ojos de la estrella mía,
y ahí tienes mil en ese cielo inmenso:
a la que sola con su luz me guía
suba la nube de mi solo incienso.

¿Es al Poeta tu mayor envidia?
Toma mis versos, que si no son bellos,
el mismo Febo por vencerlos lidia
cuando oye el nombre de mi Silvia en ellos;
y hasta las musas, en nombrando a Silvia,
doblan al canto los sagrados cuellos.

Pueda tu voz apaciguar la ira
del sordo mar y su sonoro estruendo:
Naturaleza al escuchar tu lira
muda se pare, como yo esté oyendo
la bella boca que placer inspira,
dulce cantando, dulce más riendo.

Grato a mis voces el Amor te brinda
las ninfas todas del recinto Íbero,
y la que guarda más preciosa y linda

entre murallas el Sultán más fiero;
pero de Silvia tu ambición prescinda,
que a mí el amor me la brindó primero.

Mi labio va donde tu planta pisa:
esclavo tuyo para siempre quedo:
y, si a tu suerte puede ser precisa,
darte ¡oh Rival! hasta mi vida puedo:
¡pero de Silvia!... ni una sola risa,
ni una voz sola, ni un mirar te cedo.

A D. Josef de Vargas

Epístola II

Corred, volad, tímidos versos míos,
mientras las Musas pavorosas gimen,
por el árido bosque de navíos
que las espaldas de Neptuno oprimen:
y en una de esas máquinas, que bríos
dan al furor para el sangriento crimen,
hallaréis entre horrísonos cañones
a quien de paz os da sabias lecciones.

No os admire que insignias militares
vista quien dulce paz os aconseja,
ni verte pronto a ensangrentar los mares
cuando asolado el continente deja:
dura necesidad de sus hogares,
no crueldad, no la ambición le aleja;
necesidad y honor con falso brillo
dan a su mano el bárbaro cuchillo.

El falso pundonor, esa chimera
de todos aclamada, no entendida,
de la soberbia vil tan compañera
como de la virtud desconocida;
es quien la venturosa paz altera,
acibara los gustos de la vida,
y dirige el puñal del hombre insano
contra la esposa, el padre o el hermano.

Tú, Vargas, del honor la senda triste
pisas, dejando huellas inmortales;

no buscas esa gloria que consiste
en la desolación de tus iguales;
si por cumplir el cargo que escogiste,
cual valeroso joven sobresaes;
aspirando a virtudes más sublimes
la dura espada involuntario esgrimes.

También yo involuntario la desnudo,
y el resplandor del hierro me horroriza
cuando contemplo el ministerio crudo
de matar, destruir, volver ceniza.
¡Mas ay! que ya Belona el ancho escudo
embraza, y de discordia el fuego atiza,
llevando tras el hórrido caudillo
el corazón soberbio y el sencillo.

Lejos, lejos de mí el eco tremendo
del cañón que derriba las murallas;
no es mío de los hombres estar viendo
la mortandad horrible en las batallas:
yo tiemblo al escuchar el duro estruendo
con que entre picas y lucientes mallas,
atropellando gentes presuroso,
pasa de Marte el carro polvoroso.

Hay quien gusta de ver llena la tierra
de cadáveres pálidos y fríos,
y que rieguen los frutos de la guerra
de sangre humana caudalosos ríos;
pero a mí este espectáculo me aterra:
llenos de humanidad los ojos míos,
sólo pueden hallar horror y susto

donde el fiero soldado encuentra gusto.
Otras vistas me agradan, y no aquellas;
de más sólidos bienes me enamoro:
ojos, que deslucís a las estrellas,
cabellos, que robáis el brillo al oro,
labios, que marchitáis las rosas bellas,
pechos, que de la nieve sois desdoro,
hoy a vosotros pienso dirigiros
un triste don de llanto y de suspiros.

Vosotros solos sois de mi avaricia
el objeto y la gloria deseada:
mi tierno corazón sólo codicia

un vuestro sonreír, o una mirada:
mientras otro las horas desperdicia
en ganar la corona ensangrentada,
las manos de mi Silvia deliciosas
me coronen a mí de mirto y rosas.

Amigo, la pasión me desvanece,
haciéndome soñar felicidades,
en un tiempo en que el sol no resplandece
sino para aclarar negras maldades:
vivimos (si tal nombre se merece
el gozar lo peor de las edades)
días, en que a la paz horrenda guerra
arrojó para siempre de la tierra.

Tienda la noche su estrellado manto
sobre la desgraciada faz del mundo:
ya no me da su obscuridad espanto,
ni su silencio tétrico y profundo:
yo sólo respirar puedo entre tanto
que a los demás vivientes me confundo,
y sus tinieblas roban de mi vista
el objeto fatal que me contrista.

Un entusiasmo triste me sofoca,
y siempre del propósito me aparta,
negando aquella parte que les toca
a los divinos versos de tu carta;
mas como ni mi ciencia, ni mi boca,
pobre de voces, de defectos harta,
pueden, Vargas, llegar donde tú alcanzas,
oye reconvenciones, no alabanzas:

¿Los peligros me mandas que rehuya,
y de exponer mi vida así me acusas
cuando el próximo riesgo de la tuya
pálido mira el coro de las Musas?
Y en tanto que la paz te restituya
se turban las corrientes Aretusas,
llora también el rubio Febo intonso;
tanto merece el gran cantor de Alfonso.()

Me tributas elogios sospechosos;
en lugar de adularme ellos me ofenden,
pues me alabas en versos tan hermosos
que a los míos afrentan y reprenden:

cantos de ruiseñores amorosos,
cuando en el bosque al cazador suspenden,
no formaron jamás tan dulce ruido
como es el de tus versos en mi oído.

Si acaso visitar los patrios lares
permite alguna vez la guerra impía,
cuando en los dulces brazos te encuentres
de tu bella mitad, yo de la mía;
entonces tus empresas militares,
tu talento, tu gran sabiduría
ocuparán mi voz; pero entre tanto
ten la bondad de perdonar mi canto.

Antes de partir

IX

Silvia, ya raya el día, y juntamente
la hora que a mi partir prescribe el hado;
suave respira el viento, el mar salado
lamiendo va las playas blandamente.

Antes, bien mío, que de ti me ausente
bien pudieras hacerme afortunado
y con suspiros de tu pecho helado
moderar el dolor que el mío siente.

Ellos serán mi aliento en el camino:
y cuando más de ti me halle distante,
será mi vida este favor divino.

Los años volverán su giro errante:
pero, a pesar del tiempo y del destino,
partiré triste, y volveré constante.

La despedida de Silvia

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
pues ya anuncia mi partida
con estrépito el cañón:

a darte el adiós postrero
llega ya tu tierno amante,
lleno de llanto el semblante,
y de angustia el corazón.

Llega tú, objeto divino,
tiéndeme los brazos bellos,
que si logro yo que en ellos
dulce acogida me des,
No conseguirá el destino
el golpe que quiere darme,
porque antes de separarme
me verá muerto a tus pies.

¡Oh! si las pasiones nuestras
fueran de igual violencia,
el dolor de nuestra ausencia
se partiera entre los dos:
mas tú un semblante me muestras
indiferente o contento,
cuando yo no tengo aliento
ni aun para decirte adiós.

Murmurando un manso río
baña el prado con sosiego,
y por fruto de su riego
bellas flores ve brotar:
tú en silencio, llanto mío,
mi afligido pecho bañas.
Y de Silvia las entrañas
no consigues ablandar.

¿Mas qué dices, Silvia mía,
con ese tierno suspiro?
¿Por qué entre lágrimas miro
tus ojos resplandecer?
Cual nube que en claro día
opuesta al sol se deshace,
y el sol con sus rayos hace
brillar el agua al caer.

¿En mí los lánguidos ojos
fijas con tanta ternura?
¿Sin faltarle la hermosura
falta a tu rostro el color?
¿Vas a abrir los labios rojos

y el sentimiento los sella?
¡Que en ti haya de ser tan bella
aun la imagen del dolor!

¡Insensato? yo pensaba
que la amarga pena mía
algún alivio tendría
si tú penaras también:
Al error que me engañaba
concede, Silvia, el perdón:
ya siento más tu aflicción,
que antes sentí tu desdén.

Bien mío, por Dios te ruego,
serena el triste quebranto;
no vale tan bello llanto
cuanto el mundo encierra en sí:
Pasen por ti con sosiego
de amor las horas serenas,
y aquellas de angustias llenas
que se detengan en mí.

En mí, miserable y triste,
por el cielo destinado
para soportar del hado
la bárbara crueldad:
no en ti, que hermosa naciste
llena de un poder divino
para tener el destino
sujeto a tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,
mientras que mi ausencia llores,
de encontrar mil amadores
más de tu gusto que yo:
otro, a quien dispense el cielo
la fortuna de agradarte;
pero otro, que sepa amarte
como yo te amo, eso no.

No me enamoró tu trato,
ni tu semblante perfecto,
sino un simpático afecto,
que tal vez nací con él:
yo me figuré un retrato
de las gracias verdaderas,

y conocí que tú eras
el original de aquel.

No suele en tierra caído
tan turbado e indeciso
a un relámpago improviso
el caminante quedar,
como yo de amor perdido
al mirar tu bello rostro,
pues luego a tus pies me postro,
y te adoro a mi pesar.

Mas yo parto... ¡ay Dios! mis penas
en la explicación no caben;
los cielos solos las saben,
que el fondo del alma ven,
y vieron las horas llenas
de deliciosos recreos,
que colmaron mis deseos
en los brazos de mi bien.

Ya las aguas blandamente
mueve afable ventolina,
y de la gente marina
se oye la confusa voz:
ya del ancla el corvo diente
del fondo tenaz retiran:
todos a darme conspiran
una muerte más veloz.

Ya con planta vacilante
piso la débil barquilla,
pronta a abandonar la orilla,
y llevarme al gran bajel.
Silvia, a tu infeliz amante,
en los últimos momentos,
¡qué funestos pensamientos
no le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite
con que pagas mis ternezas
se me acuerdan tus finezas,
tu cariño bien lo sé:
No hay prueba que no acredite
tu pasión en mi presencia;
¿pero quién sabe en la ausencia,

si sabrás guardarme fe!

Ese atractivo divino,
de mi sumo bien origen,
tal vez los hados lo eligen
por principio de mi mal:
y mientras yo, ausente y fino,
mi perdida prenda lloro,
los encantos que yo adoro
gozará un feliz rival.

Yo, mi bien: no, gloria mía;
¡oh! no se lleven los vientos
esos tiernos juramentos
que el universo envidió:
«Venzamos la tiranía
del tiempo y de la distancia
con la invariable constancia
del lazo que nos unió.»

Al salir el sol brillante,
al poner sus luces bellas,
al nacer luna y estrellas
estaré pensando en ti:
No me apartaré un instante
de esta idea encantadora;
y tú entretanto, traidora,
ni aun te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento
engolfado en esos mares y
repasará los lugares
donde contigo me vi:
entonces mi sentimiento
hará sensibles los bronce;
tú, más que ellos dura, entonces
ni aun te acordarás de mí.

Aquí vi sus perfecciones;
allá la juré mi dueño;
allí con labio halagüeño
me dio el venturoso sí:
tal vez estas reflexiones
harán que el dolor me acabe:
y tú entretanto ¿quién sabe
si te acordarás de mí!

Llamaré instante de gloria
aquel en que vi tu gracia,
y origen de mi desgracia
el punto en que la perdí!
Mil veces esta memoria
me hará renovar el llanto
y tú ¿quién sabe entretanto
si te acordarás de mí!

Cuando sólo se estén viendo
en el cielo las señales
con que asusta a los mortales
el supremo Criador,
óyese el tronar horrendo
en las cavernas más hondas;
y del mar las turbias ondas
se levanten con furor:

cuando impelido del Noto
el soberbio mar Tirreno
quiera desde su hondo seno
las estrellas asaltar:
y emplee el triste piloto,
en vez de la ciencia, el ruego,
viendo ser su nave el juego
de la cólera del mar:

entre los rancos clamores
de gente que atribulada
ante sus ojos la espada
de la muerte ven lucir:
yo haré que de mis amores
tan negro horror se despida,
y ¡adiós, Silvia de mi vida!
Se oirá en los viejitos gemir.

La satisfacción
(su amigo)

¿Tú también, dulce amigo,
vienes con cruda mano
a desgarrar heridas
que sangre están brotando!

Cuando a un abismo amaga
precipitarme el hado,
¿Quieres tú dar impulsos
a su funesto brazo!

Yo vi, al volver la cara,
a mil amigos falsos
ir con terror huyendo
de mi terrible estado.
Y habiendo cuenta solo
con tu amigable amparo,
te vi seguir las huellas
del escuadrón ingrato.

Mis ojos, no pudiendo
disimular el llanto,
iban siguiendo ansiosos
tus fugitivos pasos.
Apellidé los títulos
que en otros tiempos claros
amenizar solían
nuestro apacible trato:

«Querido compañero,
amigo fiel» te llamo:
mas tus oídos siempre
los encontré cerrados,
como al clamor inútil
del pordiosero anciano
suelen estar las puertas
del opulento avaro.

Iban a dar tirantes
con tus esfuerzos bárbaros
los estallidos últimos
de nuestro amor los lazos.
Cuando algún Dios movido
del lamentable caso,
quiso a mi voz volverla
su natural encanto;

y por postrer victoria
de la amistad, alcanzo
a ver que al fin te paras
a contemplar tu engaño
así como el que en sueños

ve algún espectro pálido
amenazar su vida
con el puñal en mano,

que se levanta atónito,
frío y de aliento falto,
a registrar solícito
el aposento opaco,
y satisfecho apenas,
después de largo espacio,
aún juzga ser verídico
el aparente amago;

así tu rostro expresa
con miserables rasgos
la oposición de afectos
que tu candor turbaron.
Y como estás oyendo
la voz de mis contrarios,
dudas si fingen ellos,
o sólo yo te engaño.

¡Alternativa horrible
para un corazón sano,
ver comparar su crédito
al del falaz malvado!
Me avergüenzo al decirlo:
pero después reparo
que es la vergüenza inútil
donde el delito es falso.

Pero a la virtud pura
que en juveniles años
sembró en tu tierno pecho
el paternal conato,
de los remordimientos
con el licor amargo,
dejo el funesto oficio
de vindicar mi agravio.

Que yo, enlazando al cuello
los cariñosos brazos,
las injustas sospechas
de mis amigos calmo.

Adiós: a una fuente

XI

Quédate adiós, oh cristalina fuente:
harto tiempo mi llanto has conocido
con tus aguas mezclarse, y mi gemido
quejarse de una ingrata inútilmente.

Quédate adiós: no quiero yo se cuente
que turbar tu reposo he pretendido
con voces, que se pierden en su oído
como en el mar tu líquida corriente.

No te emponzoñe víbora nociva,
ni te turbe del viento la braveza
hasta que el mar undoso te reciba.

Y ¡ojalá! el corazón de mi belleza
no imite tu inconstancia fugitiva,
sino de tus cristales la pureza.

Las quejas

Endechas

Llanto infeliz, que sólo
de dulce y lisonjero
tienes la amable causa
por quien te estoy vertiendo
llanto infeliz, que a fuerza
de humedecer mi seno,
ves cuán inútil eres
para apagar su fuego.

Llanto infeliz, tu curso
para por un momento,
mientras escribo a Silvia
mis amorosos versos.
Lágrimas, no borrarlos,
que, después de leerlos,
ella de su memoria
los borrará bien presto.

Tal la veloz paloma
por la región del viento
pasa sin dejar rastro
del vagaroso vuelo:
tal llegarán mis voces
su adorado objeto
sin que en su pecho hiera
ni aun el final de un eco.

Pero herirán los valles,
los encumbrados cerros,
los extendidos mares,
y hasta los mismos cielos,
a compasión movido
el sensible universo,
todo estará llorando;
y tú, cruel, riendo.

Tú, a quien las llamas suben
de mi voraz incendio:
tú, a quien los aires vuelan
de mis suspiros tiernos:
que enamoras las aves,
que encadenas los vientos,
que embalsamas las auras
con tu divino aliento,

y con tus ojos... ¡Dioses!
Pudieras todo arderlo
si sólo a mi sus rayos
todos no hubieran vuelto.
Ellos en mí encontraron
un corazón dispuesto
a alimentar volcanes
de inextinguible fuego.

Miráronme benignos,
coronaron mi afecto,
y amor jamás vio lazo
tan dulce como el nuestro.
Las Gracias, envidiosas,
en su bailar ingenuo,
trataban de imitarle
con inocente juego.

Cuantos lazos hacían
quedaban imperfectos;
amor lo ve y se ríe,
que conoce el misterio.
Días harto apacibles
para durar serenos,
días, que vio la envidia
con ojos de veneno;

y vomitando de humo
mil torbellinos negros,
los enlutó entre nubes
de borrascosos celos.
Cual fue mi angustia ¡oh Dioses!
al punto en que cubierto
de sospechas injustas
vi su semblante bello.

Cuando en aquellos ojos,
emulación de Venus
para expresar ternura,
vi pintado el desprecio.
No más fría quedara,
mas sin color ni aliento
la risueña aldeana
si de su falda al tiempo

que va a sacar las flores
que le dio el prado ameno,
viera en su blanca mano
el escorpión más negro;
que yo cuando trocado
vi todo mi recreo,
mi única gloria toda
en todo mi tormento.

¡Tan poco te merecen,
Silvia, mis afectos,
que a la primer calumnia
ya los contemplas reos!
¡Yo dejarte por otra!
¡Yo no amarte! ¡oh blasfemos!
¿pudieron escucharos
desarmados los cielos?

Mas ellos no, tus ojos...

Ojos que estáis tan hechos
a leer en el fondo
de este corazón vuestro,
descended al profundo
de mi angustiado seno,
descended penetrantes,
descended justicieros,

y hallad, si os fuere dado,
un sólo sentimiento
que no proclamé a Silvia
por soberano dueño.
Regístrese a las luces
de tan vivos luceros,
si en mis aras se quema
sino por ella incienso.

Para ti, ídolo mío,
que entronizada en medio
das norma a mis destinos
y vida a mis deseos.
¡Yo dejarte por otra!
¡Yo! que si me hallo lejos
de ti, tu misma imagen
no basta a mi consuelo:
que amo más uno solo
de tus dulces recuerdos,

que todas las finezas
y amorosos extremos
de cuantas hermosuras
pueblan el universo.
¿No me oyes, inhumana?
¡Ay cuanto los perversos,
que mi alma te han quitado,
la tuya corrompieron!

Pues que de ella ahuyentaron
hasta el placer supremo
de dar lágrimas dulces
al infortunio ajeno.
¡Vuelves de mí tus ojos!
¿Ni siquiera merezco
vengan a ser mis jueces
mis vencedores bellos?

Corred, lágrimas mías,
suspiros de mi pecho
decid a esa inhumana
me consienta a lo menos
a sus plantas crueles
dar el último aliento,
que para su venganza
¡Qué más quiere si muero!...

Los ecos

Idilio III

¡Ay quién se viera cual se vio algún día
adorado del dueño por quien muere!
Ya Silvia me ha olvidado y no me quiere;
¡quién en palabras de mujer se fía!
Poeta. El infeliz Fileno
a su Silvia engañosa
Así acusaba en la floresta umbría,
De cuyo verde seno
Eco, ninfa piadosa,
Así su triste tema repetía.

FILENO

Alma, ¿dónde encaminas tus deseos!
Pecho, ¿dónde diriges tus suspiros!
Ojos, ¿de qué delito fuisteis reos,
Que así procuran los de Silvia huiros!
¡Felices, mientras fuisteis sus trofeos!
¡Felices, siendo blanco de sus tiros!
Un día os oprimió su tiranía:

ECO

¡Ay quién se viera cual se vio algún día!

FILENO

Yo gocé reunidos en mi pecho,
en aquel tiempo, que ahora lloro en vano,
todo cuanto placer, cuanto provecho
pueda adular al corazón humano;
pues aunque la fortuna le haya hecho
a otro el más poderoso Soberano,
¡Quién será más feliz que quien se viere

ECO

adorado del dueño por quien muere!

FILENO

Sí, cielos, yo me vi de esta manera
cuando el hado me fue más halagüeño,
gozando de la fe más verdadera,
y objeto del cariño de mi dueño;
pero ya la fortuna lisonjera
desvaneció mis glorias como sueño,
pues ¡con qué angustia el labio lo profiere!

ECO

Ya Silvia me ha olvidado, y no me quiere.

FILENO

¿Has olvidado, ingrata, el dulce lloro,
feudo amoroso de tu tierno anhelo,
siendo un raudal de perlas el tesoro
que redimía mi menor recelo?
Jurábasme una fe, que ya no ignoro
fuese dejar en testimonio al cielo
que se ve arrepentido en algún día

ECO

Quién en palabras de mujer se fía.

Aglauro y Melisa

Idilio IV

No es solo la dulcísima garganta
del ruiseñor melodioso y vario,
en las nocturnas horas, quien quebranta
el silencio del bosque solitario:
que bajo el campo azul de las estrellas

también Amor ausente, o sin fortuna,
une con las del ave sus querellas,
y a los dormidos ecos importuna.
Así cuando del mundo huyendo Apolo
dejaba mudo el campo, el mar y el viento,

la voz de Aglauro entre las selvas solo
de la plácida noche era el acento;
lloraba la tardanza amarga y fiera
de un plazo a su esperanza concedido:
Amor, si afliges tanto a quien te espera,

¡Ay del que para siempre te ha perdido!
A la Arcadia entre sombras semejaba
herido de su acento, el valle oscuro:
Yo quitaré los versos que él cantaba,
que son del tardo amor fausto conjuro.

AGLAURO

Versos, dulce expresión del alma mía,
id a buscar a la que reina en ella,
y de mis ojos tanto se desvía.
Id, conducidos de mejor estrella
que la que en mí domina, y me prohíbe
seguir constante su adorada huella.

Id por esos jardines donde vive,
si no ajena de amores, distraída
del tributo de amor que en mí recibe,
preguntando a las plantas si escondida
la celan, o a las aguas de ese lago
si las está mirando divertida.

Y pues que de los versos el halago
nadie siente como ella, y darles sabe
con el mirto de amor glorioso pago,
salidla al paso, y con rumor suave
al oído decidla: «allí te espera
cuanto cariño en corazones cabe.

Ve, graciosa Melisa, ve ligera
si el mismo que de dichas has colmado
no quieres ya que de inquietudes muera.
Mira, en aquella piedra está sentado,
lleno de tu memoria, absorto y triste;
mas que ella misma inmóvil y parado;

Y, solitario, apenas ya resiste
de tu culpable ausencia a ingratos tiros,
pensando en mil promesas que le hiciste.
Los árboles le escuchan con suspiros

acompañar al ruido de las hojas
que arrolla el viento en rumorosos giros;

Imitando en el ansia en que le arrojas
de la noche el silencio, y no el reposo,
que eso no lo permiten sus congojas.
Ni tú sufras más tiempo que dudoso
viva de aquella fe que le has jurado
con dulce sello de tu labio hermoso;

Sino sigue con paso apresurado
la margen de ese lago cristalino
en que se mira el cielo retratado;
y el mismo amor te enseñará el camino,
pues jamás extravía a los amantes
que seguir quieren su feliz destino.

Los ojos de los astros rutilantes
te verán solo, pues la sombra amiga
ciega los de la envidia vigilantes:
ni hallarás importuno que te siga,
que sólo dan asilo estos lugares
a unos pechos en que amor se abriga

ni te sorprenderán, aunque empleares
en coloquio feliz tan largos plazos
como la diosa que nació en los mares,
cuando, encantado Adonis en sus lazos,
el destino cruel la predecía
que era el último aquel de sus abrazos.»

Mas cese ¡oh versos! ya vuestra armonía,
y por himno de amor tan sólo suene
«ven a tu Aglauro, ven Melisa mía.»
Que en la dulzura que el ambiente tiene,
y de esta fuente el murmurar sonoro,
me anuncia el pecho que mi hermosa viene:

ella es sin duda, que se esquivo al coro
de las tres gracias, al sonar entre ellas
los dulces ecos de mi amante lloro,
y ya en el cielo infinidad de estrellas
rayos me envían de su luz templada
por darme claras sus facciones bellas:

suya es aquella gracia delicada,

tierna voz, blando paso, y dulce risa,
¡oh sombra amiga! ¡oh noche afortunada!
Ven a tu amante, ven, dulce Melisa.

POETA

Enmudecióse allí preludeo el canto
de alegre, sí, más fugitiva gloria:
¡qué de recuerdos tristes entre tanto
debió mi corazón a mi memoria!

Ni un infortunio perdonó la idea
de los que en ella son proceso largo:
desabrido mi labio paladea
de la copa de amor el dejo amargo,

y llorando exclamé ¡pobres amantes!
no fiéis de pasión tan fementida;
que los gustos que da duran instantes,
y los tormentos ¡ay! toda la vida.

El propósito inútil

Idilio V

Ardí de amor por la voluble Elfrida,
y ella en mi incendio se mostró abrasar:
burló mi fe, pero sanó mi herida:
Amor, amor: No quiero más amar.

Amar al uso es conservar su calma,
y en falso labio la pasión mostrar;
y pues amar, y abandonar el alma
no se usa ya: no quiero más amar.

Díceme Amor «¿qué miedo te importuna?
tus dichas yo me ocuparé en colmar,
pues las tres Gracias voy a unirte en una.»
No importa, Amor. No quiero más amar.

Luego a mis ojos se ofreció Delina
cual sólo Amor se la acertó a idear:

yo digo al verla «es en verdad divina»,
pero yo en fin: no quiero más amar.

Es a su lado pálida la rosa,
triste el lucero que preside al mar
de incautas almas perdición forzosa:
mas yo ¡ay Amor! No quiero más amar.

Se ven las flores, por besar su planta
cuando ella baila, la cabeza alzar:
se escucha a Erato si mis versos canta
mas yo ¡ay de mí! No quiero más amar.

De mil amantes la veré seguida,
que ni aún sus dichas me darán pesar;
y en celebrarla he de pasar mi vida;
mas basta así: no quiero más amar.

«Síguela pues, me dice el niño ciego;
sin riesgo puedes de su luz gozar,
que si te acercas por descuido al fuego,
lo gritaré: no quiero más amar.

Necio de mí, que con acción sumisa
a los pies de ella me dejé arrastrar,
sin ver de Amor la maliciosa risa,
al yo decir: no quiero más amar.

Ya por instantes en mi incauto pecho
la llama antigua crece sin cesar;
mas ¡ay Delina! el mal era ya hecho,
que haberte visto es empezarte a amar.

A una ausencia por motivos de salud

Letrilla

En vano el remedio
buscando salí:
que está el mal en medio
de Laura y de mí.

La dulce costumbre
de estar noche y día

gozando alma mía
tu plácida lumbre,
me es ya pesadumbre,
no estando tú aquí;
y en vano el remedio
buscando salí.

¡Qué cuerpo afanado
restaura su vida,
si está el alma herida
de un triste cuidado!
No bien ausentado,
muy luego advertí
que está el mal en medio
de Laura y de mí.

Campos y aires densos,
que de ti me alejan,
son los que me aquejan
con males intensos;
parécenme inmensos
los pasos que di,
cuando alivio en vano
buscando salí.

No en mi Laura hermosa
está el mal que lloro,
ni en mí, que la adoro
como al sol la rosa;
distancia enojosa
me mata; y así...
Está el mal en medio
de Laura y de mí.

¡Ay qué duro asedio
sufre el alma mía
de melancolía,
soledad y tedio!
Vano fue el remedio
que a buscar salí,
si el mal se halla en medio
de Laura y de mí.

Al término de la ausencia

Letrilla II

Ya se acerca el día
de volverte a ver:
¡luz de mi alegría!
¡Flor de mi placer!

La ausencia importuna
ya veo espirar:
mi próspera luna
comienza a brillar.

¡Qué hermosa mudanza
se deja ya ver!
La dulce esperanza
me da nuevo ser...

Tal día, la aurora
sea breve en rayar:
pues si se demora
su carro en guiar,

En él, Laura mía,
te hará amor poner;
y aurora, aquel día,
tú sola has de ser...

Tú como ella, amores,
sabrás también dar
perlas a las flores
brillos a la mar,

los rayos suaves
dando a conocer
con que sola sabes
mi pecho encender...

Mas si el sol sus plazos
corta a tu arrebol,
échate en mis brazos,
yo seré tu sol.

Se unirá mi fuego
con tu rosicler,
y tendremos luego

dulce anochecer...

Tiempo, haz tú que puedan
veloces volar
las horas que quedan
de crüel penar;

y las lisonjeras
de feliz placer,
luego cuanto quieras
puedes detener...

Ya se acerca el día
de volverte a ver:
¡luz de mi alegría!
¡flor de mi placer!